

obra en comunicación



Foto: ©AFP / Orlando Sierra. Tegucigalpa, octubre de 2012

El arresto

Silvia Soler

El ómnibus se detuvo. Dos soldados avanzaron entre la gente. Se opacaron los sonidos y en el pasillo, hasta hacía unos minutos repleto, se abrió una brecha para dejar sitio a los hombres que pasaban revista a documentos y pasajeros. Habíamos subido unas paradas antes, el profesor y yo. Estábamos sentados muy juntos, con las piernas apretadas. Él profundizó su mutismo cuando los vio subir, supuse que por miedo. Pero después abrió un libro en una página que hablaba del romance de Dafne y Apolo. En alguna fuente profunda debió encontrar la voz para dirigirse a mí.

—Andan buscando a un león escapado del zoológico —me dijo en un susurro—. No creo que esto sea una casualidad, nunca he confiado en la suerte. Casualidad o no, necesito tu ayuda porque olvidé mi documento.

—¿Hay alguna solución? —pregunté.

—Tal vez serviría decir que somos padre e hija y que finjas sentirte mal.

—¡Ojalá pueda! —respondí, y me pareció no estar tan lejos de lograrlo.

Ya oíamos a los soldados que nos apuntaban con sus armas y sus ojos desorbitados. No había otros ruidos que los de sus voces y pisadas, ni otra confusión que la mía, tan perdida entre el terror y la felicidad de ser útil al profesor. Al frente veía la figura del chofer con los codos apoyados sobre el volante, mientras el espejo reflejaba hileras de rostros pálidos. Alguno sería arrestado. Casi llegaban. Apenas faltaba un pasajero. Veía delante de mí al de cabeza rapada y campera negra, después de ese hombre, nos tocaba a nosotros. Esperábamos un milagro y ocurrió, pero ese día aprendí que los milagros no iluminan a todos por igual.

—Documento —dijo el soldado al de cabeza rapada.

Hubo una respuesta incomprensible del desdichado y luego la orden.

—¡Descienda con las manos para atrás!

El hombre había enrojecido y le temblaba el labio inferior. Si intentó balbucear algo más con aire de derrota, resultó en vano; entre dos lo tomaron por los brazos para bajarlo a pesar de nosotros, de las más de treinta personas que mirábamos incapaces de desafiar el poder.

Las tres figuras marcharon hacia el cuartel empequeñeciéndose. Era un andar tenso porque los soldados imponían al prisionero un ritmo que no quería llevar. Semejaban hormigas cuando arrastran una hoja más grande que su cuerpo. Se perdieron dejándome el presagio de un triste final. Eso es cuanto recuerdo de aquel pobre hombre.

También temblaba el libro abierto sobre el regazo del profesor. El miedo. Unos minutos más tarde, otro soldado se acercó al chofer, alzó la mano y le indicó que continuara su camino. Seguiríamos sin esperar el regreso del pasajero preso. Hubo un *trac* de la palanca de cambios, después otra vez el rugir del motor mezclado con exhalaciones.

Flanqueados por una hilera de palmeras se iban los tres hacia el gran edificio. Los árboles de los cuarteles siempre estaban pintados de blanco hasta la altura de un hombre, la del pintor. El preso marchaba en el medio.

¿Qué habría querido decir el profesor con eso de las casualidades? ¿Cuántas se necesitan para nacer? ¿Y para encontrarse? Un leve movimiento, una palabra de más o de menos, un enojo, una risa fuera de lugar, el ruido de una botella al caer al mar y ahí está la nada en acecho, la incertidumbre. ¿Cuántas casualidades habían ocurrido desde el Big Bang hasta hoy para que él, con su mano sudorosa, me arrastrara hacia sí y me besara?

Tardé un instante en reconocer que aquello era un beso de verdad, como los de las telenovelas, luego me dejé caer, veloz, a miles de metros de profundidad. Algo se escurrió por todo el cuerpo, lo ocupó, lo aniquiló. No existía nada más, ni el horror ajeno ni el murmullo de los pasajeros ni la euforia de los indemnes. El beso se deshizo cuando él lo decidió, no cuando yo quise. Tal vez, cuando el miedo lo liberó.

—Nunca ocurrió —me dijo con un dedo levantado en señal de advertencia, a punto de bajarse sin otro saludo.

En el pasillo del ómnibus temblaban frases sueltas, mezcla de alivio y orgullo por haber salido ilesos. Las mujeres contaban versiones alteradas de lo ocurrido con la risa mezquina del que se siente a salvo; el guarda había dejado de azuzarnos hacia el fondo. El profesor, todavía con el libro en la mano, apuró el paso por las calles empinadas que subían hacia la iglesia en la cima del único cerrito de la ciudad. Estaba más flaco y desgarrado. A la distancia se mimetizó con el gris de las baldosas bajo la tenue luz invernal. Llegué a verlo sacar la llave y entrar en una de las casas de zaguán de puertas altas en medio de dos ventanas que habían sido verdes. Mientras lo miraba alejarse, me limpié los labios.